

# RESEÑA



MUÑOZ QUIRÓS, José María. *El vínculo*. Madrid: Ediciones Vitruvio. Colección Baños del Carmen, 2018, n.º 739. ISBN: 978-84-949433-3-1.

Contaba José Luis Borges que, cuando al príncipe que resolvió ser Budda le comunicaron el nacimiento de un hijo, exclamó: «un vínculo ha sido forjado», el hijo que lo ata a la vida. El viaje «iniciático» a la India que el poeta abulense y universal José María Muñoz Quirós revive casi místicamente en *El vínculo*, su último libro de poemas, es también un anclaje al enigmático país de Rabindranath Tagore y el río Ganges, todo un cosmos de sensaciones, espiritualidad, intimismo, colores y fragancias.

Los viajes siempre nos llevan a imaginarios externos y a periplos interiores. Lo supieron los primeros viajeros, los que, como decía G. K. Chesterton, ven lo que ven mientras que el turista ve lo que ha ido a ver. Y lo han sabido siempre los poetas, los reporteros y los músicos a lo George Harrison (el más hindú de Los Beatles). Pero nunca lo supieron los ejércitos imperiales, incluido el de «su Graciosa Majestad Británica», con la excepción de aquel centauro de la arena llamado Lawrence de Arabia.

Muñoz Quirós introduce en la lectura y el viaje de *El vínculo* asegurando que el paisaje, la cultura y la luz de la India le han «enseñado a amar el misterio y la grandeza de un país sorprendente y mágico, intenso y grande, profundo y espiritual» y que aprendió a escuchar en su interior la voz eterna de Tagore. En este viaje y experiencia espiritual, el poeta habitó la penosa «fraternidad del agua», aborreció el «vano pasar de cada cosa», escuchó «en el abismo de las horas la voz del tiempo» y sintió que «está la vida hiriéndonos despacio», porque «la vida es un desierto desbocado» y «está la lumbre de la tarde muerta».

El libro desvela la constante lucha interior del autor, su claroscuro, el juego de luces y sombras, la perseguida luz que alumbraba casi todos los poemas, pero que no resulta plena o no llega a imponerse sobre la oscuridad, porque a menudo es sólo «el débil caballo de la aurora», «reflejos tibios», «luz dolida», «luz vencida», «luz baldía», «brizna de luz», «vano vuelo de luz», «invisible sutura de la luz», «irisados caminos hacia el día», «sol tenue», sol que «se esconde tras las colinas del ocaso», «sol derramándose en los rostros»,

«temblor de madrugada», «frugales amaneceres»...; muy raramente un «rayo de plenitud». De ahí que en el encuentro con su nuevo mundo, la India es «luz distinta en lo más alto del día», tanta luz «que me arranca los ojos», pero desde la que «divisa tristemente el mundo y sus derrotas». La India es el lugar donde «la luz retorna al rincón escondido de las rosas», «donde ardiendo viaja el sol poniente», «donde naufragan libélulas» y «Tagore se adormece». Es asimismo «los vencidos jardines donde el incienso brota», «la fragancia del día en un húmedo río que desborda sus orillas». El poeta no reparó en las vacas sagradas, pero se adentró en el sagrado Ganges, «de orillas milenarias», un río que encauza la «penosa fraternidad del agua».

Frente a la luz pretendida se extiende el «recinto de la niebla», las «vanas hojas de la niebla que se ocultan en la noche», la sombra «herida», el «derrotero de penumbra», «preludio del fuego», una luna que «siembra transparencias», una «estrella que sucumbe en las nubes». Y se extienden los abismos a los que se asoma: abismos que aprisionan, «el doloroso abismo de las cosas», «el abismo de las horas», «el salvaje abismo del descenso a la oscuridad», la «inmensa sima que protege a los ausentes». Tanto miedo como a los abismos (le he oído hablar en otro ámbito de los abismos de la incomunicación) siente por el olvido, que a veces coinciden, aunque sean libélulas las que derramen sobre él todo su olvido, «las cáscaras del olvido», y por la soledad, «tan honda». Pero en la noche alguna vez discurre un «regato de miel». En cualquier caso, como en los opuestos de las religiones orientales (el *yin* y el *yang* en el caso del taoísmo chino), Muñoz Quirós ratifica que «arriba está la luz lamiendo el cielo, abajo está la duda y el lamento». En el ejercicio de superación dialéctica de ambos extremos, entre la luz perseguida y la noche oscura sanjuanista, se acuesta la tarde, «arco iris tatuado». Y además existen tiempos indefinidos, desde la «beatitud del momento» casi místico a la no menos mística «senectud del alma», pasando por las horas «que dejan un desliz de abandono» y una «fusión de lirios». Incluso deja ver otros puntos de luz y escape, como el «vuelo furtivo de las aves».

Entre la luz y las sombras, se extiende asimismo el olor a tierra, «el fuego doliente». Pero si la luz no es plena, otro tanto sucede con la naturaleza, casi hostil en la «terca presencia de las rosas», las «vanas hojas», las «flores que gimen», los «pétalos cansados», el «rincón escondido de las rosas», hasta tal punto que atribuye una «furia» desconocida a las plantas: la «furia de las flores» y «el dominio furioso de los lirios». El mar y el agua resultan casi siempre atracciones misteriosas, aunque «somos hijos del mar» y hay «simetrías de agua transparente» y «ríos de nieve». Pero en el fondo del manantial fluye un poso de pesimismo y tristeza por esa luz inalcanzable y la sangrante herida de la soledad: la ausencia, la negritud, los abismos, la «oscuridad de las cosas serviles y oscuras», las «penumbras del corazón»,

las encrucijadas cansadas, los «lagos amargos», la «amarga depresión».

El análisis de contenido y semántico del libro llevaría a centrarse asimismo en otros términos recurrentes en Muñoz Quirós, que muestran sus manantiales (evocados también en Carlos Aganzo), como el silencio: «paraguas de silencio», «diamante de silencio», «hoguera del silencio», «silencioso secreto». Otro término recurrente de su universo poético y simbólico es la desnudez: el «temblor de las palabras desnudas», el «desnudo secreto de la senda», la «desnuda caricia», «la desnuda orilla de los pájaros libres», «la desnudez esclava de las rosas», los «temblores desnudos» de la libélula, «los ojos desnudos de palabras»... Los propios ojos, como las miradas, se cansan de observar un mundo sometido al «salvaje rumbo del descenso» y pueden ser «ojos vanos», «ojos leves», «miradas cenicientas».

En este juego interminable de muy inspiradas metáforas, para Muñoz Quirós las letras son transparentes y las palabras amargas. La plenitud alcanza su máximo cuando, en epíteto, es «intensa plenitud» o «rotunda plenitud». Formalmente el autor se mueve con libertad en todo tipo de estrofas y rimas, desde el verso libre al soneto de «Metamorfosis».

*El vínculo* resulta en consecuencia un profundo periplo interior en el que el poeta, como Constantino Cavafis, emprende su viaje a Ítaca enriqueciéndose de vivencias y experiencias, sin temer, como el griego, a los cíclopes, ni a los lestrigones ni al colérico Poseidón; sabe que seres tales jamás hallará en su camino, salvo que los lleve en su alma. Tampoco teme a los monstruos marinos, que evoca Octavio Uña en *Crónicas del Océano*, ni se pregunta, como él en *Puerta de salvación*, si volverá quien embarca vida y enseres.

En definitiva, sobrecoge y reconforta –oficio de poeta– el viaje que Muñoz Quirós propone en su última obra. Si el lector se embarca hacia el inmenso y profundo país del Ganges, no se olvide esta guía íntima, pues nunca encontrará sus mapas y calles en las impresas al uso con otros detalles e ilustraciones. Comprobará que no es cierto que una imagen vale más que mil palabras, como también intuía Umbral cuando objetaba «salvo que la imagen sea de Budelair» o del universo poético –se nos permita añadir– de Muñoz Quirós.

El libro ha sido impreso por Ediciones Vitruvio, de Madrid, en composición elegante y agradable para la lectura, aunque con algunos descuidos en la inclusión de espacios entre palabra y coma o punto. Está siendo traducido al bengalí por el escritor hispanista Akshay Kale, que ya trasladó algún poema de Muñoz Quirós en su último viaje a Calcuta y Kerala, donde intercambió misticismo y poética entonando el *Cántico Espiritual* de san Juan de la Cruz y poemas propios de inspiración sanjuanista. Esta traducción viene

a ampliar la dimensión internacional del poeta, junto con la obra *Europeos*, que acaba de publicarse en Bruselas, con prólogo del presidente del Parlamento de Estrasburgo, como fruto de la colaboración con el pintor Ángel Sardina y ofreciendo una mirada hacia destacados escritores en su ciudad: Pessoa en Lisboa, Rimbaud en París, Delibes en Valladolid... Son, por lo tanto, ámbitos internacionales que ratifican una vez más la universalidad del escritor abulense y su enorme talla como uno de los grandes autores españoles de nuestro tiempo.

Maximiliano Fernández Fernández  
*Universidad Rey Juan Carlos*